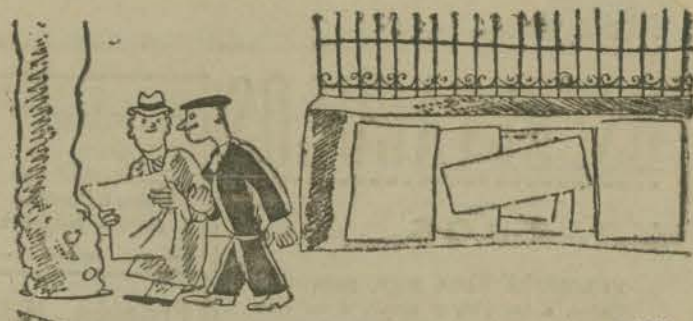


EL DILUVIO

DIARIO REPUBLICANO DEMOCRATICO FEDERAL

AÑO LXXX - NUM. 75 * BARCELONA, domingo, 28 de marzo de 1937 * PRECIO: 15 céntimos



—No lo diga usted a nadie, pero yo soy de la quinta...
—¿De la quinta columna?
—No; de la quinta del 32.

Reconocemos que ha llegado el momento de proclamar, alto y fuerte, el fracaso del Comité de no intervención

La escuadra española leal al Gobierno de la República ha bombardeado eficazmente los objetivos militares de Málaga, Melilla y Motril y, sin novedad alguna, ha regresado después a su base naval de Cartagena

¡Los más grandes y horrendos asesinatos son engendros del bruto Mussolini!

DE MI DIARIO DE GUERRA

Aquel beso...

por Enrique Manobens

Padre e hijo habían luchado en la Ciudad Universitaria.

No se separaban.

Ambos habían asaltado la Casa de Labor. Los dos habían rechazado uno y treinta ataques de los facciosos...

Juntos se tumbaban sobre el jergón de paja. Juntos comían. Juntos disparaban su fusil...

Siempre, después de cada actuación, cuando ya no se oía el seco estampido de la fusilería, cuando el objetivo había sido logrado o rechazado el ataque enemigo, el padre besaba a su hijo.

Era un beso emocionante. Sonoro.

El chico — diez y siete años — recibía el beso, en la frente — algunas veces en el mechón de pelos rubios que le caía sobre los ojos —, con una sonrisa.

Siempre el mismo beso. Y la misma sonrisa.

Y siempre ante los fusiles, rojizos de tanto disparar...

Me enteré ayer de que padre e hijo habían sido destinados al sector de Guadalajara.

Y de que el chico había sido gravemente herido...

Me apresuré a trasladarme al sector Alcarreño.

Había simpatizado con los Martin.

En mis visitas a la Ciudad Universitaria les traía ejemplares de EL DILUVIO. Y algunas veces había comido con ellos tras los sacos terrosos...

Infinidad de veces les he visto disparar al unísono.

Y había presenciado, en repetidas ocasiones, el beso. Aquel beso.

Repito: me apresuré a trasladarme al sector de la Alcarria.

El coche se deslizaba por la carretera de Aragón...

Dejaba atrás montones de ropa sucia. Mantas, tabardos, sacos alpinos...

Y burlaba esqueletos de coches, carbonizados y retorcidos.

En el centro de la carretera he visto algunos hitos que señalaban los kilómetros.

Y en ambos lados de la carretera, en las zarzas, ropas desgarradas ondeando como banderines...

Luego una fila interminable de "Fiat" — caravana destruida por nuestra aviación — con el motor desnudo y negro.

Embudos y pozas en los que desaparece media rueda del coche, llenas por la lluvia. Agua y barro rojizo. Y cadáveres hinchados y semi hundidos...

Por toda la carretera el signo inconfundible del paso en trágica y grotesca confusión de un ejército aniquilado. En derrota.

Signos evidentes de un gran descalabro.

Y luego, al dejar el coche y emprender a pie el camino que me llevará a la trinchera, empieza una trayectoria de pánico.

Un frío de horror.

Nieva.

Los copos de nieve se derriten al chocar contra el barro. Y el barro aumenta...

En los días de tormenta, sucios, los despojos de muerte impresionan más.

Un poquitín lejos se oye el alegre tableteo de la ametralladora. Y el seco estampido del fusil.

El barro me cubre media pierna.

Tengo frío.

Pero avanzo con paso firme. Decido.

Quiero llegar cuanto antes...

Tengo unas ganas locas de ver a papá Martín. Y a Luisito.

Por el camino me he cruzado con dos camilleros. Transportaban una carga relativamente ligera.

Les he saludado con el puño en alto.

E, instintivamente, me he acercado a la camilla. Y en un movimiento brusco — no sé por qué los nervios se han apoderado de mí — he levantado la manta que cubría al herido.

Un espectáculo de horror.

Un muchacho casi esquelético con un enorme boquete en la mandíbula derecha. El rostro cubierto de sangre...

No era Luisito.

He vuelto a cubrir al herido. Incluso me ha parecido que se movía un poco...

He reemprendido la marcha.

La ametralladora cada vez tableteaba más cerca...

Y los fusiles.

He llegado a la trinchera. Nuestros hombres disparaban con furia, desaparecidas sus piernas bajo una capa de agua sucia.

He buscado a papá Martín.

Allí está. Disparando con furia. Metido el fusil entre la espillera. Su gorro, negro — de terciopelo —, está ahora blanco. Como sus sienes.

No parece papá Martín.

Está solo.

No tiene a su vera, a su Luisito...

Un muchachote rubio — que ya había visto en otras ocasiones en la misma trinchera que los Martin — se ha dado cuenta de mi presencia. Y de cómo contemplo al viejo.

Me susurra al oído:

—Luisito ha muerto. Ayer le enteramos.

Ha sido para mí un mazazo. Como un autómata me he apoyado a los sacos terrosos.

Y así he permanecido, con agua hasta las rodillas, por espacio de tres cuartos de hora.

Sigue nevando.

El fuego va en decadencia...

Por fin, el combate se reduce al obligado paqueo de trincheras.

Papá Martín ha dejado de disparar. Me ha parecido que ha ido en busca de su Luisito para darle el beso...

Luego ha apoyado sus codos en la muralla de sacos escondiendo la cabeza, su blanca cabeza, entre sus manos. Llorando.

Me he acercado a "papá Martín".

Le he entregado un ejemplar de EL DILUVIO.

Y he barboteado:

—Me he enterado de...

No he podido terminar.

Papá Martín ha cogido mi cabeza entre sus manos.

Y, mientras unas lágrimas se escondían por entre los surcos de su rostro, curtido por el sol, me ha besado en la frente.

He sentido el calor de sus labios. Y de sus lágrimas...

A nuestra vera el testigo de siempre: el fusil, al rojo candente.

Me he alejado de la trinchera. Sigue nevando.

Pero ya no tengo frío...

Cuatro soldados prisioneros del enemigo logran fugarse y cuentan que las fuerzas extranjeras están por completo desmoralizadas

Madrid, 27. — El capitán de información del segundo cuerpo de ejército del Centro ha facilitado una nota que dice así:

«Cuatro soldados que fueron hechos prisioneros por el enemigo cuando operaban con una columna catalana, y que después de sufrir toda clase de vejámenes, tanto morales como materiales, fueron obligados a encuadrarse en el ejército invasor, han conseguido evadirse del territorio faccioso en uno de los sectores del frente de Madrid, y, entre otras cosas, han manifestado que las tropas extranjeras, a causa de los últimos descalabros sufridos, están desmoralizadas y sienten verdadero pánico ante los avances del ejército de la República.

Han añadido que la alimentación que se da a las fuerzas facciosas es muy deficiente, y éstas en su mayoría esperan impacientes el momento para pasarse en masa a nuestras filas.»

La aviación leal ha bombardeado intensamente diversos objetivos militares en Zaragoza, Huesca, Almudévar, Belchite y Vivel del Río

Valencia, 27. — Un parte del ministerio de Marina y Aire facilitado a las tres de la tarde dice así:

«Nuestra aviación ha bombardeado durante la noche y madrugada última diversos objetivos militares de Zaragoza, Huesca, Almudévar, Belchite y Vivel del Río, habiendo sido arrojadas 104 bombas de 70 kilos y 128 de 12.

Durante el bombardeo del sector de Vivel del Río los aparatos leales divisaron a otros enemigos que intentaban bombardear nuestras líneas, los cuales abandonaron su propósito al advertir

la presencia de las escuadrillas republicanas.

Se ha observado que, como consecuencia del bombardeo de Zaragoza, quedó ardiendo la fábrica titulada La Industrial Química, así como otros varios edificios enclavados dentro del casco de la población.

Las posiciones enemigas de la ciudad de Huesca fueron objeto de cuatro bombardeos entre las 20'25 y las 2'16, lanzándose 160 bombas de 12 kilos, 20 de 70, 100 incendiarias pequeñas y cuatro incendiarias grandes.»

Estratagema de que se valió el faccioso Cabanellas para que no se enterara la población zaragozana de la llegada de millares de heridos del frente de Guadalajara

Madrid, 27. — Un evadido de Zaragoza llegado a nuestras líneas cuenta que, ante la gran cantidad de bajas que han tenido los facciosos en el sector de Guadalajara, han sido evacuados a Zaragoza grandes contingentes de heridos, en una proporción de doce trenes diarios, durante cuatro días consecutivos, y para que la población de Zaragoza no se diera cuenta de la llegada de estos convoyes, Cabanellas ordenó que se dieran las señales de alarma. Y así, con la gente recluida en sus hogares y refugios, han sido trasladados los heridos a los hospitales, sin que nadie se enterara.

¿Dos divisiones y dos cuerpos de ejército italianos preparados para venir a España?

Londres, 27. — El corresponsal diplomático del "Daily Herald" dice que existen muchas razones para suponer que el Gobierno francés aconsejará prudencia a Mussolini.

De otra parte, el corresponsal manifiesta que si el Ejército italiano, que algunos calculan en dos divisiones y otros en dos cuerpos de Ejército, concentrados cerca de Nápoles, preparados, al parecer, para marchar a España, se pusieran en camino, Inglaterra no podría adoptar ya la aplicación de las medidas apropiadas. — Cosmos.

Las inconsecuencias del Vaticano

Casi simultáneamente ha publicado la Prensa mundial unas manifestaciones del Papa referentes a los manejos nazis contra el catolicismo en Alemania, y una encíclica, más política que religiosa, en la cual se ataca una vez más al comunismo desde la alta silla de San Pedro. Nada de particular tendría eso viniendo de quien viene, sino fuera por la guerra civil española.

Desde el momento en que el Papa desoyendo la voz de Cristo, que es voz de amor y de predicamento, pero nunca de combate y exterminio, se coloca en completa oposición al marxismo, bien está que no le parezcan bien sus progresos.

Si el Gobierno alemán, defendiendo su paganismo incomprensivo y desorientado, se coloca enfrente del catolicismo, bien está que el Papa proteste, pero lo que no está tan bien es que el jefe del catolicismo romano permita que los paganos alemanes combatan al lado de sus "fieles" hijos nacionalistas, y mucho menos puede permitir que luchan contra sus fieles vascos, que no han abandonado, ni por un instante, su fe religiosa.

Pero el Vaticano a inconsecuente no hay quien le gane. "Semper eadem" fué su lema y nunca como ahora le sienta tan bien. Siempre la misma en inconsecuencias; siempre la misma en fluctuaciones; siempre la misma involu-

A nuestros vendedores y corresponsales

El Comité de Industria de la Prensa Diaria de Barcelona, del cual forman parte todos los diarios que figuran al pie, ateniéndose a las dificultades que representa la escasez de papel, ha tomado el acuerdo de que a partir del día 1.º de abril próximo no sea admitido ni un solo ejemplar de devolución a ningún vendedor ni corresponsal de Barcelona ni del resto de Cataluña. — «La Vanguardia», «Solidaridad Obrera», «El Noticiero Universal», EL DILUVIO, «El Día Gráfico», «La Noche», «La Humanitat», «Treball», «Las Noticias», «La Rambla», «La Batalla», «Diari de Barcelona», «Catalunya», «El Mundo Deportivo», «Diario del Comercio», «Última Hora», «La Publicitat» y «Renovación».

Un ciudadano español llega a Orán después de haber sufrido grandes penalidades

Orán, 27. — Ha llegado a esta ciudad un súbdito español detenido en Melilla al estallar la sublevación.

Estuvo preso en el campo de concentración de Celuán hasta primeros de septiembre. Le detuvieron los legionarios. Nadie le incoó proceso. Durante su estancia en el campo de concentración comprobó que se fusilaba a muchos de los detenidos.

Ninguno era previamente juzgado. Entre los que conocía vió fusilar a los concejales Julio Caro, socialista, y el señor Rullán, federal. Se evadió del campo de noche, llegando a Algeria.

tuaciones; siempre la misma involu-

crando lo político y lo religioso.

Estrecha cuenta tendrá que dar Su Santidad a Dios por haber permitido la matanza de abisninos y ahora la bendición e instigación de los "rojos" españoles, que para él no habían de ser rojos o negros, sino que son seres humanos y criaturas del Dios a quien él dice representar. Católicos de España unidos a musulmanes y paganos alemanes matando a católicos vascos y españoles. — porque también en el Ejército Popular hay corazones religiosos; — pero aunque así no fuera, nunca el "Padre de la Cristiandad" puede permitir que se asesine a ningún ser humano por muy pagano que sea, por muy avanzadas que sean sus ideas políticas o religiosas.

¿Cómo puede permitir el obispo de Roma esta mezcolanza de musulmanes, arios, paganos y anticatólicos ateos, — porque hay muchos ateos que se titulan católicos y van a misa y aun la dicen —, con fieles católico-apostólico-romanos?

El Vaticano solamente dejará de ser inconsecuente cuando se ocupe menos de política y más de religión; menos en atesorar y más en dar; menos en intrigar y más en pacificar y edificar.

N. B.